



Fraudebook. Lo que la red social hace con nuestras vidas, Vicente Serrano Marín. Madrid, Plaza y Valdés, 2016, 120 págs.

Cuando uno sostiene este libro entre sus manos por primera vez y lee el título, *Fraudebook. Lo que la red hace con nuestras vidas*, podemos tener, entre otras, dos reacciones contrapuestas. Una sería “yo soy usuario de Facebook y quiero saber cuál es el timo de esta red social que me tiene absorbido”; la otra es la de sentirte halagado, inteligente incluso, por no haber sucumbido a su uso en una especie de presentimiento de pitonisa que adivina su mal antes de conocerlo. Me encuentro entre los últi-

mos y, sin querer decepcionar a nadie que se sienta dentro de alguna de estas dos perspectivas, el libro va más allá de estas posturas. El texto lo que refleja es el uso de la filosofía para analizar fenómenos y modos de hacer que están emergiendo en nuestra sociedad, los cuales cambian el significado de algunas categorías y aportan otras nuevas, influyendo de forma clara en nuestros modos de ver el mundo. ¿Y además se entiende?

Había escuchado al autor, Vicente Serrano Marín, presumir del tono divulgativo del libro, de haber escrito “para la tía Juanita”. No sé si se refiere a que se pueda leer como el “Hola” o que ha rebajado el espesor de los libros de filosofía. Temo discrepar con las dos posturas, ya que si el libro explica de forma clara y precisa los pensamientos del autor, debemos pensar que éste sea el tono de todo libro que quiere tomar valor dentro de la sociedad. De hecho, di el libro a mi tía Carmen, “consumidora” habitual de Facebook y mucho más experta que yo, y confesó que, de lo poco que pudo leer, en algunos pasajes “no se había enterado de nada pese a ser interesante”. Opté por intentar explicárselo yo. Lo que realmente interesa de este ensayo es que es más un libro de filosofía que sobre Facebook, además de cumplir de forma clara con la eterna pregunta de “¿para qué sirve la filosofía?”. También es un punto de partida para seguir haciéndonos preguntas sobre las redes sociales. El verdadero gesto generoso del autor (que ya ha dado sobrada muestra de su cargamento intelectual con, por ejemplo, el premio Anagrama de ensayo *La herida de Spinoza*) reside en poner su conocimiento fuera del discurso puramente académico para dar a la filosofía un hueco dentro de lo cotidiano, un acercamiento a un lector que se pregunta por el mundo que nos rodea, pero no en rebajar sus pretensiones epistemológicas. Di a conocer el libro a un grupo de universitarios y generó un debate acerca de los nuevos modos de relación que estaban emergiendo de las redes sociales. Con esto me parece adivinar que su potencial lector debe atender a la postura crítica de hacerse preguntas sobre nuestro cotidiano comunicativo.

El libro empieza, como hiciera Platón en sus diálogos, con la introducción de un mito actual: la idea, ali-

mentada por la película *La red social*, de que Zuckerberg, el joven creador de Facebook, hubiese puesto todo su conocimiento en juego en crear esta red con el fin de revertir un desencanto amoroso. Además, la petición de amistad, en la red, del amor perdido haría superar este despecho y salir victorioso al “héroe” de la historia. Es muy interesante cómo a través de este relato el autor nos adentra en uno de sus hallazgos más fértiles, en la construcción de esta red social a través de la gestión de los sentimientos, estructura que se escaparía hasta del propio creador. En sus palabras, Facebook generaría modos de relación nuevos, es decir, gestionaría la afectividad.

Serrano Marín destaca su característica de “herramienta individualizada”, lo cual permite que tenga un aspecto de diario o álbum de fotos, un aspecto de espacio “libre” a rellenar. Nos señala cómo Facebook ocupa el concepto de *libertad* pegándolo a la afectividad, al contrario de como se plantea en la libertad política, por eso no hay protestas para reivindicar el derecho a la alegría o, como escribe el cantautor Andrés Lewin, una “manifestación contra la depresión”. Los afectos no son parte de la política, lo cual ha permitido a Facebook dar una falsa sensación de libertad a través de sus estructuras de afectividad. Aquí se apoya el autor en la noción de *dispositivo* foucaultiana, el cual hace pensar que en él residen las posibilidades de libertad pero que, como en el caso de Facebook, lo que provoca es una homogeneización de la identidad y la subjetividad, una sensación de libertad donde desaparece la autonomía. Cuando uno entra en Facebook parece que toma continuamente decisiones libres, sin embargo el concepto de amistad o el colocar un *Me gusta* (*No me gusta* no existe) define tu identidad, con lo cual te esclaviza a esa especie de “empresario de uno mismo” que se genera en esta red social, un “publicitarte” o vender tu subjetividad a tu comunidad digital. Una necesidad de aprobación que, además, debe ser continuamente alimentada y que deja en la red una huella perenne. Así surge un nuevo concepto de *biografía* en tiempo real, donde, como escribe el autor, “cada usuario objetiva su propia conciencia”, dando un sentido a su vida desde el propio *dispo-*

sitivo. Esto parece apuntalar la idea de un *dispositivo* que te educa para el capitalismo, donde Facebook ocuparía posiciones cercanas, y esto es opinión del que escribe, a lo que Althusser llamaba *aparatos ideológicos del estado*. Instituciones como la escuela, las cuales apuntalan el poder de una clase privilegiada y que en este caso sostendrían el capitalismo en su versión más radical, es decir donde las personas son mercancía. Así, el fraude vendría tanto desde su carácter paradójico en torno a la libertad como desde la promesa de una felicidad desde la tecnología que, en palabras de Baudrillard, es puro simulacro, “un cuento chino” para mi tía.

Una amiga me enseñó una conversación en Facebook contra la escritora Lucía Echeverría. En ella las afirmaciones estaban llenas de *Me gusta*. Podríamos imaginar que se estaba haciendo un análisis exhaustivo de su obra (sobre la que no soy especialmente fan), por el contrario, en un sarpullido machista, ponían verde sus actitudes desacomplejadas, como haber enseñado el canalillo, para desacreditarla como escritora. Con cada *Me gusta* se consolidaba esa *comunidad de gusto* “uniformadora” en la que se convierte Facebook. Mi amiga quiso protestar pero cuando encontró las palabras el tema ya había dejado de tener interés y la nueva diana era Bunbury. Facebook se convierte, en palabras de Serrano Marín, en “un banco de la intimidad o como mínimo de la identidad”. Cambia además el sentido de categorías como la *amistad*, creando un modo de relación paralelo con sus propias estructuras. En esa conversación que tuve sobre el libro con universitarios me comentaban que l@s usuari@s compañer@s tenían personalidades diferentes en la red de las que mostraban cuando se relacionaban en la clase, las cuales podían ser totalmente antagónicas.

Otro aspecto interesantísimo de Facebook, que destaca Serrano Marín, es la emergencia de un nuevo aspecto del capitalismo. Con las redes sociales surge un nuevo interrogante que particularizamos en esta pregunta: ¿para quién trabajamos y en qué condiciones dentro de Facebook? Se supone que los usuarios producen los contenidos y al mismo tiempo los consumen, en una suerte del *prosumidor* de Toffler, y que en ningún caso recibe algo a cambio de su fuerza de trabajo. Facebook

hace ricos a sus dueños y no tiene un carácter altruista que convirtiera a sus usuarios en espectadores y creadores simplemente. Al generar una plusvalía, como escribe el autor “desplazada y desfigurada”, y no ser asalariados los usuarios, el autor nos interpela con una nueva duda: “¿Usuarios a cambio de nada?”. De hecho, cuando uno entra en esta red social se abre una cuenta, dando un sentido financiero al contrato que cumplir dentro del *dispositivo*. Así, el autor también define a Facebook como “banco de amistades” o de “afectividades”.

En el libro Serrano Marín nos interroga continuamente y parece que nos quisiera hacer desentrañar a nosotros mismos el propio título del libro. Remata su obra con dos imprescindibles capítulos que le dan todavía mayor profundidad filosófica a su texto. En ellos desgana dos conceptos que implican directamente el desarrollo de Facebook. Por un lado, la idea de “las masas”, una reflexión sobre los usuarios cortados por el patrón de su *comunidad de gusto* y que, si se empieza a desarrollar en el capitalismo del siglo XX, ahora permanece perfeccionada a través de la red en la formación de “contenidos de conciencia”. El otro concepto es el de *biopolítica*, muy manido por la filosofía contemporánea, pero al que el autor da un carácter de herramienta epistemológica de precisión para el análisis del mundo que nos rodea. He nombrado imprescindibles a estos capí-

tulos ya que nos ayudan a usar estas categorías para un mayor entendimiento de lo que significa el *dispositivo* Facebook para los modos de vivir. Pensar las tecnologías nos acerca a descubrir hasta qué punto son un fraude o no, ya que, como el autor nos dice, no significa estar en contra. Nos invita a una autorreflexión crítica en relación al uso de ellas y en esto creo ver una provocación que se refleja en el título, un título que tenemos que corroborar o no, de la misma forma que tenemos que lidiar con todos los posibles fraudes de la sociedad que nos ha tocado vivir. El autor nos invita a pensar Facebook desde la filosofía, pero en esta reflexión también se encierra pensar nuestro mundo, donde la política no puede existir sin la ética y la estética. Nos hace dudar y nos provoca para pensar desde nuestra autonomía, para descubrir los lenguajes por los que somos hablados. Mi tía aquí dice que pensará en lo del lenguaje porque no lo entiende mucho y que ella siempre dice lo que opina. De ser verdad, ¡bien por mi tía y su autonomía!

Con este libro Serrano Marín nos marca una dirección, la de la reflexión filosófica sobre el cambio social que hace emerger nuevos modos de hacer provocados por las tecnologías de poder.

Jesús Ramé López
UNED